

Discusiones actuales sobre Universidad y transformación de las clases medias.

Ruiz Encina, Carlos.

Cita:

Ruiz Encina, Carlos (2003). *Discusiones actuales sobre Universidad y transformación de las clases medias. Análisis del Año, (5), 31-60.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/httpwww.nodoxxi.cl/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfDv/2y9>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SOCIEDAD

DISCUSIONES ACTUALES SOBRE UNIVERSIDAD Y TRANSFORMACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS

Carlos Ruiz Encina

¿UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD?

Las noticias recientes acerca del ritmo que adquiere la expansión de las universidades privadas, muy superior al de las llamadas *tradicionales*, presagian que en poco tiempo darán alcance y simplemente sobrepasarán a estas últimas, terminando con su histórica primacía en la educación superior en Chile. Dada la desregulación bajo la cual transcurre dicha expansión, así como del vacío existente en cuanto a ciertas funciones que cumplieran tradicionalmente las grandes universidades en la constitución de la cultura y la identidad de la nación, esta realidad preocupa no sólo a muchas autoridades de esas universidades e incluso gubernamentales como tal, sino también a una vasta franja del mundo académico e intelectual, y a sectores de la sociedad atentos al destino de la universidad en nuestro país.

Sin embargo, ocurre a menudo que dicha preocupación se diluye en discusiones que aíslan la situación de la educación superior del contexto general de las transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales que ha vivido el país en las últimas décadas. De tal suerte, gran parte de las aspiraciones y los esfuerzos de quienes anhelan la forja de una universidad a la altura de los desafíos y las urgencias nacionales, o simplemente buscan reconstruir en alguna medida sus viejos roles y centralidades, se estrellan contra una realidad que muestra a una sociedad transformada, en la que resulta difícilmente imaginable el antiguo paradigma universitario en medio de contextos sociales y culturales muy distintos de aquellos en los cuales tuvo lugar.

Más allá de la capacidad o incapacidad de las autoridades gubernamentales, el problema de la educación superior —y de la educación en general— tiene que ver con la transformación que ha experimentado la sociedad chilena. Y en tal sentido, resulta especialmente relevante el cambio que experimentan las clases medias, respecto de las cuales el desarrollo histórico de las tareas educativas, sobre todo la universidad, aparece estrechamente ligado.

La desarticulación de aquellos gravitantes sectores medios cuya expansión marchó de la mano de una acrecentada centralidad del aparato estatal en la dirección de la economía y la cultura en la sociedad chilena, ha transcurrido unido al ascenso de otras fracciones sociales y, con ello, de otras orientaciones en diversos ámbitos del desenvolvimiento de nuestra sociedad, en particular, en el plano cultural. Ello, pues, configura un contexto social y cultural muy diferente al de antaño para enfrentar el problema de la universidad.

La fuerza que adquiere una orientación conservadora en muchos ámbitos de la sociedad, y en particular sobre la educación superior, marcha junto al creciente peso social y cultural que cobran los nuevos grupos sociales dominantes. El debilitamiento de los viejas orientaciones en el desarrollo universitario ante, por ejemplo, el ascenso sostenido de una educación superior privada rígidamente segmentada en términos sociales, dentro de la cual el peso de distintas órdenes religiosas evidencia el repliegue del antiguo laicismo que primara en la educación universitaria, expresa en definitiva, más allá de la falta de voluntad política de los últimos gobiernos para impedirla, la solidez que alcanza el ascenso de dichos grupos sociales, cuya consolidación económica y política les plantea en los últimos años el desafío de su cristalización en el plano cultural. Es más, acaso esa acusada *falta de voluntad* no es sino reflejo de los alcances de dicha transformación.

La propia consolidación y expansión de los modelos de universidad asociados a los grupos sociales ascendentes producto de las transformaciones socioeconómicas de las últimas décadas, forma parte del afianzamiento de su gravitante posición en la sociedad. Nuevas orientaciones en la formación de las elites profesionales, una concentración de la producción del conocimiento en áreas de su interés concreto o formas expeditas de vinculación con determinados centros y figuras académicas extranjeras, priman entre otros aspectos y actúan de manera diferenciadora sobre ciertos espacios universitarios constituidos y afianzados en los últimos años bajo el alero de la creciente centralidad que ha adquirido en la sociedad el sector empresarial. A su prácticamente incontestado predominio económico, a su enorme influencia política, parece sumarse en los últimos años no sólo su determinante injerencia en vastas áreas de los llamados *asuntos públicos*, sino además el desarrollo de modelos propios de educación superior, lo que redundará en el afianzamiento de su ascendiente cultural sobre amplias capas de la sociedad.

Dado el enfoque predominante sobre la transformación universitaria y sus problemas actuales, tendiente a particularizar el fenómeno desvinculándolo de la transformación general de la sociedad y sus problemas, como parte de una tendencia analítica que fracciona los fenómenos sociales presentándolos como inconexos en dispersos micro relatos, valga intentar ubicar el problema de la universidad en el marco de los cambios ocurridos en la sociedad, refiriéndolo a aquellos sectores que se vinculan más directamente con su desarrollo. Ello, en el entendido que sólo frente a esa totalidad es posible vislumbrar sus posibilidades y exigencias actuales.

¿QUÉ ES LO QUE PREOCUPA CUANDO PREOCUPA LA EDUCACIÓN?

Las discusiones que tuvieron lugar este año en torno a las formas de ingreso a la educación superior, o bien referidas a una ya abiertamente reconocida crisis de financiamiento que aqueja a las universidades *tradicionales*, reflejan tanto en términos de los temas conflictivos, de los planteamientos y razones esgrimidas, como de los actores que intervienen y sus desenlaces, dilemas mayores, que superan el ámbito estrictamente educacional, al menos en la concepción restrictiva y casi meramente técnica en que se le suele abordar, para expresar disputas relativas a las orientaciones culturales de la sociedad.

El ascenso de las universidades privadas y la mencionada preocupación que genera en razón de las desreguladas condiciones en que tiene lugar, se ha visto ratificada hacia fines de año por la expandida oferta que realizan tales instituciones, frente a una apenas crecida formalización de cupos por parte de las universidades *tradicionales*. Según estimaciones realizadas a nivel de pregrado¹, las vacantes alcanzan en estas últimas a 48.912 mientras que en las universidades privadas ascienden a 45.321. Y si se considera lo proyectado para el próximo año², estas serían de 50.820 y 49.321 respectivamente, cifras prácticamente equiparadas. Sobre la base de tales estadísticas se puede coincidir con quienes vaticinan que en muy pocos años más las instituciones privadas tendrán a su cargo la formación profesional de más de la mitad de los chilenos y, de continuar esta tendencia, no muy lejos serán sencilla y abiertamente predominantes en dicha función.

Se apela a una creciente demanda de estudios superiores en el país, y se celebra que muchos de estos centros privados hayan dejado de impartir simplemente *carreras de tiza y pizarrón* para incluir en su oferta ingenierías y medicinas gracias a la inversión realizada en equipamiento, edificaciones e incluso absorción de académicos altamente calificados. Tal expansión, además, se expresa en un fenómeno relativamente nuevo, especialmente intenso en este año que termina: la apertura de sedes regionales en el interior del país.

Ante las voces que claman por distintas formas de regulación de dicha expansión, aparecen este año conocidos centros de pensamiento ligados al mundo empresarial y a la derecha política, instalando una voz de alarma que apela a nociones como la autonomía, el libre mercado o la libertad de enseñanza. Es el caso del Centro de Estudios Públicos o del Instituto Libertad y Desarrollo, quienes devienen en gravitantes actores de estas disputas. Entre sus razones para ello, éste último señaló abiertamente que estos asuntos forman parte de lo que consideran un esfuerzo para retomar los niveles de crecimiento económico que el país ha extraviado en los últimos años, por lo que asumen a sus analistas abocados a esta problemática como *expertos pro-crecimiento*, en alusión al debate sobre políticas económicas y la agenda que bajo

¹ El Mercurio, 22 de diciembre de 2002, según índices del Consejo Superior de Educación.

² Según la misma fuente, basada en estimaciones del Ministerio de Educación.

ese rótulo ha presentado el empresariado.

Pero no solo la necesidad de un marco regulatorio para la educación superior genera estos choques. Además de una reconocida crisis de financiamiento que afecta a las universidades *tradicionales*, este año el debate sobre la educación se centró en los procedimientos de ingreso a la educación superior. La atención concitada y la intensa intervención de actores que formalmente se podría considerar extra-universitarios, no se debió sólo a los efectos que el tema comporta para el sistema universitario, sino también a las consecuencias que acarrea para el sistema de educación general, y con ello para las orientaciones presentes en la dirección cultural de la sociedad. Valga, por ello, examinarlo con más detención.

Desde que la Concertación asumió el gobierno en 1989, se buscó una política que aplacara los cambios hechos en la educación durante el régimen militar, los que anularon las viejas regulaciones y ampliaron radicalmente las condiciones de penetración de la iniciativa privada en el ámbito educativo con la llave de la *subvención escolar*³. Hoy los esfuerzos de la política vigente pueden sintetizarse así: *programas de mejoramiento de la calidad y equidad* (financiamiento de escuelas y liceos, apoyos focalizados a escuelas de mayor riesgo, proyectos de mejoramiento para la autonomía y descentralización pedagógica), el *fortalecimiento de la profesión docente* (incentivos, programas de perfeccionamiento, evaluación y acreditación con incidencia en las rentas), la *reforma curricular* (establece un marco curricular básico sobre el cual crece la autonomía de los establecimientos), así como la implementación de la *jornada escolar completa diurna*.

Como se sabe, el sistema de educación se estructura bajo la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE), establecida por el gobierno militar el 10 de marzo de 1990, un día antes del traspaso del mando al gobierno civil, que estableció la descentralización del control sobre los contenidos de enseñanza, terminando con una larga tradición en la que imperaban los planes y programas de estudio definidos por el ministerio de educación. Adicionalmente, la LOCE creó un organismo público independiente del ministerio del ramo: el Consejo Superior de Educación. Integrado en baja proporción por las autoridades gubernamentales y las universidades estatales⁴, asume una función de superintendencia sobre el nuevo sector de universi-

³ Básicamente es un mecanismo de subvención a la oferta: se le paga a un privado por prestar un servicio. La evaluación del cumplimiento del servicio ofertado es la asistencia del niño a la escuela. Es de saber que el número de colegios privados subvencionados viene expandiéndose sistemáticamente en los últimos años.

⁴ Presidida esta instancia por el ministro, se integra además por miembros designados por las siguientes instituciones: un miembro por el Ministerio de Educación Pública, un miembro por las universidades estatales, un miembro por las universidades privadas, un miembro por los institutos profesionales, dos miembros por las Academias de Instituto de Chile, un miembro por la Corte Suprema, un miembro por el Consejo Superior de Ciencias y el Consejo Superior de Desarrollo Tecnológico, y un miembro designado por los comandantes en jefe de las fuerzas armadas y de orden.

dades privadas. Además, la LOCE traspasa la autoridad final sobre la regulación curricular del ministerio de educación a esta instancia.

La implementación de los cambios que exigía el nuevo marco curricular ha sido lenta. Desde 1995 se vienen elaborando nuevos programas educacionales (este año entró en vigencia el programa para 8vo. año y 4to. año medio), pero las sucesivas mediciones efectuadas, tanto nacionales como internacionales, de la eficacia de estos cambios en el aprendizaje de los estudiantes, arrojan magros resultados. El estudio TIMSS-R⁵ evidencia que, pese a que el gasto en educación se expande a más del doble en los años noventa, el mejoramiento en ese lapso es leve en los resultados de aprendizaje tanto en la enseñanza básica como secundaria. Aunque las mejorías son mayores en los estudiantes de escuelas con financiamiento público ubicadas en sectores populares, ayudando ello en algo a reducir la brecha de resultados de aprendizaje entre las diferentes categorías de escuelas del país, los resultados tanto nacionales como internacionales evidencian además que no se ha modificado sustancialmente la distribución social de los resultados, la que sigue siendo muy desigual en perjuicio de los sectores de menores ingresos. Tales disparidades se asocian sobre todo a la condición socioeconómica del alumnado y la dependencia administrativa de los establecimientos (municipal, particular subvencionada o particular pagada). Concluye además que los niveles de aprendizaje en general son muy bajos, tanto frente a los objetivos del nuevo currículum como a los estándares internacionales.

Otro tanto sucede cuando se consideran los resultados de la llamada *Prueba de Aptitud Académica* (PAA), los que -según abundante evidencia- señalan una acentuada disparidad entre los rendimientos de los colegios privados pagados y los colegios municipales. El problema estriba en que, como sostuvo la autoridad gubernamental este año, dicha evaluación adolece de *sesgos o deformaciones no controladas* en la medición de los conocimientos de los estudiantes. Tales sesgos se relacionan principalmente con el establecimiento del cual provienen los estudiantes así como con el nivel educacional de sus padres. Aquellos provenientes de colegios pagados con padres con más años de estudio obtienen resultados significativamente mejores en la PAA que los estudiantes de hogares pobres y con padres de menor escolaridad.

En este escenario es que surge la idea de transformar el sistema de selección para el ingreso a la universidad. Se trata del Sistema de Admisión a la Educación Superior o simplemente de la nueva prueba SIES propuesta por el gobierno. El principal cambio que se persigue con su implementación es asegurar que los contenidos evaluados en los instrumentos de selección estén alineados con el llamado marco curricular de la enseñanza media, lo cual comporta enormes implicancias para el sistema escolar puesto que obliga en los hechos a todos los establecimientos educacionales, incluidos los particular pagados, a incorporar en su *oferta educativa* los lineamientos exigidos semejante marco regulador.

⁵ Coordinado por la International Association for the Evaluation of Educational Achievement, IEA, en 1999.

La diferencia del SIES respecto de la PAA radica principalmente en la distinta base de conocimientos que manejan. Ello, además de la función reguladora antes señalada, tiene la implicancia de terminar con una ponderación de conocimientos que no se entregan en el sistema de educación pública, y que actúan en desmedro de los egresados de éste frente a los estudiantes provenientes de la enseñanza privada, lo que anula una de las bases de las actuales disparidades en los resultados de la mencionada PAA que actúan, de modo general, en beneficio de los establecimientos privados.

De ahí que la medida propuesta desata una disputa cubierta profusamente por los medios de comunicación, que consigue empantanar la propuesta en una salida transitoria. Sus detractores, que apelaron a argumentos que van desde controvertidas experiencias internacionales (como la prueba SAT-I aplicada en California) hasta supuesta evidencia sobre un daño psicológico en los alumnos, contaron en sus filas con investigadores de centros ligados al empresariado y la derecha política, como el Centro de Estudios Públicos (CEP) y el Instituto Libertad y Desarrollo, hasta destacados columnistas y medios de comunicación de tendencia consabidamente conservadora.

Paralelo a este debate surge otro referido a los cambios en la gestión del proceso de ingreso a la universidad, que lleva a la ministra del ramo a acusar a miembros del Consejo de Rectores que apoyan la implementación del SIES para el próximo año, de tener intereses corporativos que determinan su posición. El caso más sonado fue el del rector de la Universidad de Chile, institución que hasta entonces tenía a su cargo la elaboración y el procesamiento de la PAA, condición que en la nueva propuesta perdía a manos de la constitución de un nuevo organismo ejecutor. Así, el debate dejaba traslucir distintos tipos de disputas por el control del sistema educativo.

Si a los establecimientos particular pagados les preocupa la afección que esto representa para un negocio reconocidamente lucrativo en el país, así como el hecho que aumente el control estatal sobre el sistema educativo, los centros de investigación ligados al empresariado y a la derecha política han trasuntado una preocupación menos evidente pero no por eso menos trascendente: el problema de la dirección cultural de la sociedad y las orientaciones presentes en ella, así como -ligado a lo anterior- la amenaza de pérdida de la invulnerabilidad del espacio para la formación de las elites del país.

De este modo, estas disputas resultan expresivas de preocupaciones mayores: aquellas relacionada con las orientaciones culturales predominantes en la sociedad. Aunque no se explicita, la abierta concurrencia de actores extra-universitarios en torno a dilemas que podrían parecer -al menos así presentan- exclusivamente universitarios, como sectores empresariales y centros de pensamiento ligados a ellos y diversas órdenes religiosas, refleja que el problema de la universidad, de las orientaciones que priman sobre su desarrollo, es parte de estrategias de poder cuyas aspiraciones cobijan modelos de sociedad.

No es noticia, por lo demás, que ello se vincula a la perspectiva de ciertos

grupos sociales. Particularmente tiene que ver con aquellas clases y grupos sociales beneficiados con la transformación socioeconómica que experimenta la sociedad chilena en las últimas décadas. Son estos sectores quienes en los últimos años han sumado, a su condición económica privilegiada y políticamente muy influyente, la preocupación por las orientaciones culturales predominantes en la sociedad, en una especie de aspiración a cristalizar su ascenso para proyectarlo históricamente. De entre esos sectores sociales, es sobre todo a la evolución de los sectores medios a la que aparece vinculada la transformación universitaria.

UNIVERSIDAD PARA LA DESIGUALDAD

Tradicionalmente los cambios en el mundo universitario se han correspondido con procesos de transformación social y política, y con ello han marchado de la mano de los proyectos de poder de los grupos ascendentes y de su voluntad de orientar culturalmente a la sociedad. Así ha sido desde la universidad de inspiración escolástica que prima en tiempos coloniales allí donde existió bajo la sombra de los modelos peninsulares de Salamanca y de Alcalá de Henares; seguido por el modelo de universidad napoleónica ligada a la consolidación del orden nacional oligárquico, a la afirmación de un Estado secular y como parte de las pujanzas de un liberalismo de *fronda aristocrática*; pasando por la universidad que constituyen las pugnas antioligárquicas propias de los *locos años veinte*, pronto empalmada bajo el ascenso de las clases medias con las demandas del *desarrollismo*, la expansión de la educación pública y de la injerencia estatal; hasta las universidades resultantes de las reformas de los socialmente convulsos años sesenta. Y la historia inmediata de nuestras universidades no es la excepción.

Pero la transformación que en las últimas décadas experimenta el mundo universitario en Chile, así como la naturaleza de los latentes conflictos que mantiene hoy en día, se intentan sistemáticamente presentar bajo un carácter técnico, y con ello carente de cualquier otra connotación. Así, a menudo las autoridades gubernamentales y los medios de comunicación reducen los conflictos en torno al sistema de educación superior -y a la educación en general- a la condición de pugnas de intereses particulares, y como tal, carentes de interés para la sociedad.

En su reiteración, tal presentación nubla los elementos globales involucrados en las actuales problemáticas universitarias, o desconoce simplemente la disconformidad que hay en amplios sectores del mundo universitario y de la sociedad en general, con el sistema de educación superior. Disconformidades que, por lo demás, no son sólo con el sistema universitario vigente, sino que muy a menudo se extienden al papel que se le ha querido asignar al Estado frente a éste y que en general está des-empañando en la vida de la sociedad producto de lo ajeno que aparece ante ella, no cumpliendo funciones de integración social que de él se demandan ni siendo el instrumento a través del cual la sociedad se propone grandes tareas que al conjunto del país le competen.

Lo primero que salta a la vista al echar una ojeada sobre el sistema de educación superior vigente, es que difícilmente puede llamarse tal, dado que su grado de heterogeneidad es extremadamente alto, conformado por un sector público y un sector privado que cohabitan sin la existencia de un efectivo marco regulador y las relaciones que establecen son sólo las que impone el mercado⁶. Esto se ha signado como una falta de *racionalidad* en la estructura y operación del sistema, dada la falta de orientaciones globales sobre el sector, la falta de transparencia y la falta de claridad en cuanto al papel del Estado en el ordenamiento del sistema, lo que redundará en su desperfilamiento⁷.

Como se sabe, este sistema universitario fue instalado básicamente a partir de los cambios introducidos en 1981 bajo el régimen militar, orientados a terminar con la vieja primacía de las universidades estatales, abriéndolo a la iniciativa de agentes privados que, en la óptica ideológica de sus gestores, permitirían un sistema más abierto y competitivo, donde la penetración de la lógica de mercado superaría una mala uniformidad de títulos y grados propios de la falta de competencia por la matrícula de estudiantes. En definitiva se trató de una apertura del sistema universitario a las exigencias competitivas de un mercado de educación superior⁸. La desregulación institucional que posibilitó el ingreso de la iniciativa privada al mundo universitario incluyó drástica alteración de los viejos términos de financiamiento público de la educación superior, reorientándola hacia un creciente autofinanciamiento. En esta misma línea, el Estado se abstiene de participar en la formación técnico-profesional de nivel terciario⁹.

A partir de estos cambios se consolidó hoy una situación de fuerte heterogeneidad en el mundo universitario, que se expresa en su diversidad institucional (Universidades, Institutos Profesionales, Centros de Formación Técnica), en los regímenes de propiedad operantes, en los sistemas de financiamiento, en los grados de diferenciación funcional permitidos (universidades que hacen investigación, otras sólo dedicadas a la docencia), los dispares grados de complejidad habidos, el tamaño (instituciones que bordean los 20.000 alumnos y un buen número que no alcanza a los 400) o su origen histórico (instituciones anteriores a 1980, universidades derivadas de las universidades estatales, otras creadas a partir de institutos profesionales deriva-

⁶ *Universidad y Sociedad: temas para el diálogo*, Grupo de reflexión universitaria Eugenio González Rojas, Santiago, junio, 1997.

⁷ Atria, Raúl, *La educación superior en Chile: la demanda por regulación*, en *Chile en los noventa*, Cristián Toloza y Eugenio Lahera (editores), editado por la Dirección de Estudios de la Presidencia de la República y Editorial Dolmen, Santiago, 1998.

⁸ *Ibid.*

⁹ Si inicialmente permanecen algunas instituciones estatales, estas desaparecen por completo con la privatización de Inacap a inicios de los años noventa, y de la transformación en universidades de los dos institutos profesionales del Estado. Hoy este ámbito está completamente entregado al sector privado.

dos, universidades derivadas de universidades privadas con aporte fiscal, e instituciones propiamente privadas).

Dentro de las acentuadas desigualdades que ha producido la transformación socioeconómica experimentada por la sociedad chilena en las últimas décadas, la fuerte discriminación de la educación cobra especial relevancia, dado que en este ámbito más que en otros se generan las bases de reproducción de la discriminación social. El conocimiento, el acceso al saber, el desarrollo de la racionalidad, la adquisición de destrezas prácticas, el pensamiento crítico, aparecen con una distribución tanto o más desigual que el ingreso. Las ventajas iniciales de hogares ricos y hogares pobres se refuerzan desde la educación prebásica hacia la básica, la media y la superior¹⁰. De este modo, si el sistema educativo tradicional -pese a las críticas que pueda aceptar- tenía la capacidad de desempeñar un papel atemperador de las desigualdades que producía la estructura económica, el actual sistema de fuerte presencia privada, en el cual el acceso a la educación de calidad está segmentado a partir de los ingresos disponibles por los individuos, actúa acentuando las desigualdades sociales producidas por un modelo económico reconocidamente discriminador.

Pese a la elevada cobertura que alcanzan actualmente la educación básica y media, la desigualdad de oportunidades que prima en las condiciones de ingreso a la educación superior a favor de los alumnos provenientes de la enseñanza media de carácter privado, diluye el efecto atemperador de las inequidades que pudiese cobrar lo anterior. La desigualdad social se expresa de un modo muy visible en el acceso diferenciado a la educación de calidad en general y a la educación superior en particular, lo que permite concluir que las diferencias de calidad en la educación se han constituido en un importante mecanismo de segregación social.

No obstante, en los últimos años en Chile la enseñanza universitaria se ha masificado en cuanto al número de estudiantes que cobija, lo que ha sido señalado no sólo como algo positivo y parte de un proceso de modernización supuestamente en curso, sino además como una creciente demanda en términos simples de mercado¹¹. Lo cual no toma en cuenta que tal expansión de la enseñanza superior coexiste con altos porcentajes de excluidos de la misma¹². Las posibilidades de postularse para el acceso a la enseñanza superior, como se ha visto, siguen siendo restringidas; el acceso se concentra en los sectores medios y altos, y entre estos se discrimina a los que provienen de la enseñanza pública respecto a los que provienen de la privada.

Es notorio, además, que muchos de los títulos obtenidos en algunas carreras que ofrece el sistema universitario no son garantía de puestos de trabajo adecuados. Pese a ello, la demanda por acceso a la universidad seguirá en expansión, pues no es menos cierto que sin credenciales educativas cada vez más altas es casi imposible

¹⁰ Grupo Eugenio González, *op. cit.*

¹¹ Brunner, J.J, *El sistema universitario chileno*, exposición ante la Cámara de Diputados, 9 de julio de 1999.

¹² Grupo Eugenio González, *op. cit.*

competir por los escasos puestos disponibles; lo cual se relaciona con el carácter que a menudo asumen los postgrados. Muchas veces estos no obedecen a un desarrollo de las disciplinas académicas dentro de las universidades, al contrario, ante la condición crecientemente lucrativa de este tipo de demanda, tienden a absorber los recursos más calificados y actividades que podrían realizarse a nivel de las carreras de grado.

A este conjunto de disparidades que han contribuido a segmentar el sistema de educación superior se suma la escasa circulación habida entre los distintos círculos cerrados que se producen en torno a ciertas instituciones y sus respectivas clientelas¹³. Y no se trata de algo que se pueda atribuir al tamaño de tales instituciones¹⁴. De hecho crece cada vez más una separación entre el ámbito de producción del conocimiento (investigación, estudios avanzados, etc.) y el ámbito de distribución de los mismos (docencia)¹⁵.

Si uno de los aspectos más notorios de la transformación universitaria es la desarticulación de la vieja noción de universidad nacional, acaso resulte no menos trascendente que a ello se sume no sólo una acentuada disparidad en la distribución del conocimiento en la sociedad y dentro del propio sistema universitario, sino también el que su producción apunte hacia las demandas que un reducido sector de la población establece. Esto último opera fundamentalmente por dos vías. Una es la mercantilización crecientemente la producción del conocimiento debido a los centros universitario dados los déficit de financiamiento que los aquejan y su sometimiento a lógicas de autofinanciamiento que obligan a vender tales capacidades a quienes están en condiciones de obtener tan caros servicios: las grandes empresas. En este sentido la transformación universitaria chilena parece seguir el modelo norteamericano reciente, en el cual gana espacio una orientación conocida como *market-model university* en donde se afianza una relación entre la docencia, la investigación y el mundo de los negocios¹⁶.

La otra vía es la continua expropiación de la antigua capacidad crítica y propositiva que respecto de diversos ámbitos del desarrollo nacional detentaron las universidades, y su reubicación en centros privados ligados al empresariado o a grupos políticos (centros de investigación, fundaciones, etc). Cuestión que, en términos de la relación de universidad y sociedad, debe llamar doblemente la atención para el caso de las universidades estatales. Pues si el Estado es el principio de identidad de una nación y el momento de integración de la sociedad, la universidad estatal, en

¹³ Atria, *op. cit.*, p. 622.

¹⁴ El rector de la Universidad Finis Terrae ha señalado que resulta ajeno a los objetivos de dicha institución, ligada al Opus Dei, la expansión sustantiva de su matrícula. Ver El Mercurio, 22 de diciembre de 2002.

¹⁵ Grupo Eugenio González, *op. cit.*

¹⁶ Warde, Ibrahim, *La educación superior vampirizada por las empresas. Matrimonio por dinero en Estados Unidos*, Le Monde Diplomatique, mayo 2001.

cuanto se debe a ello, ha de constituir el órgano de creación y difusión de conocimiento superior de la sociedad. No puede ser expresión y órgano de intereses particulares. No puede constituirse en un vendedor de conocimientos y destrezas para quienes estén en posición de comprarlos en su beneficio personal¹⁷.

Pero ocurre lo contrario. Y no sólo afecta la producción y distribución del conocimiento, sino que esta realidad tiende a configurar y arraigar patrones culturales. Más allá de las desarticulaciones acaecidas la transformación universitaria tiene efectos reordenadores como es el caso de una suerte de nueva cultura que se instala en el sistema. Se trata de la percepción del estudiante como cliente que predomina a partir de la transformación aludida, en donde éste es ante todo un consumidor de un servicio o un producto, por el que paga un precio o arancel. Como consumidor se espera que reúna la información adecuada sobre las calidades comparativas de los productos a adquirir y que pueda pagar el precio de mercado de los mismos, ya sea con recursos propios o con endeudamiento como cualquier otro consumidor del mercado. En tanto consumidor no tiene injerencia alguna en el proceso de gestación del producto o servicio y sólo tiene una participación remota, anónima y posterior sobre ese proceso mediante la expresión de sus preferencias.

Empero, si el resultado de todo esto es una universidad adecuada a las orientaciones predominantes en la sociedad, reconocidamente productoras de una acentuada desigualdad, el sentido del cambio universitario no se dibuja completamente si éste no se considera como parte de una transformación mayor en la sociedad chilena, dentro de la cual se ligan especialmente a las mudanzas experimentadas por las clases medias.

DEL ALERO DEL ESTADO A LA CORNISA DE LA EMPRESA PRIVADA

Aquella universidad que en las últimas décadas es desmantelada en gran medida, esa que despierta cierta añoranza en vastos sectores académicos e intelectuales, surgió y formó parte de una etapa histórica en donde entre las fuerzas dirigentes ocupaban un destacado sitio ciertos grupos de las clases medias, precisamente aquellos cuya expansión está ligada estrechamente a una crecida intervención estatal en diversos ámbitos de la sociedad, no sólo en la economía sino también en la cultura. Con esos grupos sociales tiene que ver, en gran medida, aquel modelo de universidad.

El siglo XX chileno atesora el arranque de la industrialización, cobija también el ingreso al poder de las clases medias así como su fracaso en el impulso de las transformaciones requeridas para viabilizar el *salto* hacia un anhelado *desarrollo sostenido*. Por décadas se esperó que las clases medias fuesen capaces de producir los cam-

¹⁷ Grupo Eugenio González, *op. cit.*

¹⁸ Ver el trabajo preparado por la Cepal, *El desarrollo social de América latina en la postguerra*, Ed Solar/Hachette, Colección Dimensión Americana, Bs. As. 1963, capítulo IV.

bios culturales e institucionales indispensables para el avance de la industria¹⁸. Las crecientes expectativas de las masas populares urbanas, el impacto cultural de la tecnología moderna, el auge de la industria, eran factores que, unidos a la decidida acción política -guiada por intereses propios, por cierto- de una clase media de vanguardia, antiaristocrática y reformadora, progresista y modernizadora, habían de ser bastar para resolver el problema del desarrollo.

Pero el problema no se resolvió. Las clases medias estuvieron en el poder por varias décadas, participaron del avance industrial, sin embargo, finalmente fueron responsables de que perduraran importantes facetas del orden tradicional. Llegaron a eso precisamente por proteger sus intereses y horizontes futuros. Lejos de barrer definitivamente con los cimientos del *Antiguo Régimen* criollo, su inseguridad ayudó a la sobrevivencia, adaptada a las nuevas condiciones, de importantes fuerzas y mecanismos del viejo orden. No impulsaron una reforma agraria de importancia hasta muy tarde, ya en las postrimerías de su etapa de gloria. En vez de ello, más bien, se esforzaron por ligarse a la aristocracia. Pues si bien entre las dos guerras mundiales las clases medias se las arreglaron para acceder al poder político, lo lograron sin haberse convertido antes en económicamente poderosas.

Su ingreso al poder y su liderazgo político no tuvo que ver con el crecimiento industrial o con el enriquecimiento de sus miembros. Originada al alero del auge primario-exportador decimonónico y moldeada en la *ambigua* modernización urbana preindustrial ligada a él, catapultada al primer plano por el desplome de la hegemonía oligárquica y la crisis de sus capacidades de control social, y más tarde por el golpe de gracia que, para el viejo modelo, traían los vientos foráneos de la *Gran Depresión* y su consiguiente impulso a una *no deliberada* industrialización, las clases medias ingresan al poder político junto a la fuerza del voto de unos grupos populares liberados hacía poco de los grilletes del orden agrario.

Por cierto, ante la estructura social del privilegio y de poder tradicionales se plantearon trocarla por una más igualitaria en la que, por lo menos, sus partidarios urbanos pudieran encontrar acomodo. Sin embargo, las décadas de crecimiento industrial *espontáneo* no dieron lugar a una cultura industrial capaz de erigirse en una alternativa al acervo cultural tradicional. Como se sabe, en Europa, particularmente en la referencial experiencia inglesa, la industria fue pieza esencial de una nueva forma de vida que trajo consigo una profunda renovación cultural, que no se redujo a una imitación de los modales y las actitudes de la vieja aristocracia. Que ello no suceda en Chile se liga a la inexistencia de unas auténticas burguesías *schumpeterianas* o simplemente de unas *bourgeoisies conquérantes*, a la debilidad endémica de las pálidas burguesías existentes, incapaces de desafiar frontalmente a la vieja oligarquía, situación que, aunque ascendentes, aqueja también a las clases medias del siglo XX. Si el expansivo desarrollo capitalista en la segunda mitad del siglo XIX no fue liderado por burguesías, no menos paradójal resulta que la industrialización del siglo siguiente no fuese producto de las actividades de una burguesía industrial en ascenso.

Gracias a su gran capacidad de supervivencia la vieja oligarquía termina siendo aceptada como aristocracia por mucho tiempo en el siglo XX, en donde, a falta de

una jerarquía alternativa de valores culturales y de símbolos de prestigio, la única posibilidad de alcanzar tal prestigio social radicó en asociarse con dicha aristocracia, casando los hijos con los de aquella, enviándolos a sus exclusivas escuelas, comprando tierras y caballos, aprendiendo los empingorotados juegos y deportes de esa *clase alta*, ingresando a la reducida nómina de sus clubes, imitando sus formas de hablar. Las clases medias urbanas, al igual que la descolorida burguesía criolla, hicieron esto en forma sistemática. Y las *clases altas* no lo vieron con disgusto; a cambio de los apoyos políticos y financieros que necesitaron para pervivir, lo alentaron. De tal modo, estos grupos celebraron un exitoso y duradero contrato social, el que si bien a ratos parecieron interrumpir algunas fracciones, como en los convulsos años sesenta del último siglo, pronto se reconstruyó sobre nuevas bases.

Se trata de un curso del que hay suficiente análisis, pero cuyo deliberado abandono nubla las raíces de la transformación más reciente y de la configuración actual de la sociedad. Se ha señalado lo peculiar del *arreglo chileno* gracias al que ya en el siglo XIX, y producto de un Estado nacional organizado, es el gobierno y no los exportadores criollos quien maneja una parte sustantiva de la renta generada por el intercambio exterior, hecho de importantes proyecciones económicas y sociales¹⁹. Tal canalización hacia el Estado de una parte significativa del ingreso nacional creó tempranamente una estructura de demanda y de empleo, de ampliación de los servicios públicos y de los grupos sociales dependientes en una u otra forma de esos dispendios, constituyendo un poderoso antecedente de los desarrollos que en tal sentido le siguen en el siglo XX. Ello, junto al efecto de la expansión económica sobre los servicios privados constituyeron las principales fuentes del desarrollo de diversos sectores de clase media concentrados en las ciudades más importantes.

Este incremento y diversificación de los grupos medios, consecuencia directa de la expansión del sistema económico y de la creciente urbanización -común a muchos países de la región- en Chile adopta el acento especial de acompañarse del crecimiento destacable del aparato público. Aparecen así tempranamente grupos medios adscritos directa o indirectamente al gasto fiscal. De allí proviene esa duradera contradicción que anota Pinto²⁰ *entre una estructura subdesarrollada y una organización sociopolítica avanzada*.

Es una clase media que surge articulada políticamente con la oligarquía. Su cohabitación dentro del radicalismo es muestra de ello, espacio donde -a decir del mismo autor²¹- se desempeña como *carne de cañón* hasta su muy posterior gravitación, en razón de que aquellos grupos medios hallaron en la maquinaria partidaria un canal de promoción social y económica, *un instrumento relativamente eficaz para sus-*

¹⁹ Pinto, Anibal, *Desarrollo económico y relaciones sociales en Chile*, en *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*, Ediciones Solar, Colección Dimensión Americana. Bs. As. 1971, p. 72.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Pinto, Anibal, *Estructura social e implicaciones políticas*, en *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*, Ediciones Solar, Colección Dimensión Americana. Bs. As. 1971, p. 132.

²² *Ibid.*

traer del sistema las migajas de la dilatación exportadora²². Aunque ya hacia fines del siglo XIX la disgregación oligárquica lleva a algunas fracciones de ésta a entenderse con esos emergentes sectores medios, alcanzando así éstos últimos un primer grado de poder que se ampliará luego, con su ingreso como factor gravitante -por primera vez- en el juego político en virtud de sus vínculos con la también emergente clase obrera. Aunque no es sino hasta más adentrado el siglo XX que esa gravitación se afirma al cristalizar un nuevo sistema de poder, más afín a los cambios habidos en la estructura económica y social luego que el *edificio social construido sobre la hipoteca y la prosperidad del salitre* entrara definitivamente en crisis. De ahí entonces, en gran medida gracias a su conducción -en alianza con una miríada de contradictorios intereses que van desde viejos grupos oligárquicos hasta sectores obreros- el rumbo nacional se endereza hacia una diversificación de la estructura productiva con la llamada *industrialización sustitutiva de importaciones*. Es la historia de un ascenso.

Dado que sobre este curso pesa cierta mitología tendiente a ensalzar el papel *progresista* de estas capas medias e incluso conjeturas acerca de una *estructural comunidad de intereses* entre éstas y la clase obrera en virtud de su posición *enfrentada por igual al capital*²³, es prudente recuperar -para el hilo que lleva hasta el comportamiento y la situación actual de las clases medias- que, en medio de la conmoción de los años que siguen a la *Gran Depresión*, la propia diversificación social y el consiguiente peso de los grupos medios hizo más viable la opción por una alianza con la derecha, dado su temor por el *desorden* emergente, *buscando ordenar el reparto de la torta dismiñida, salvando para los mejor situados todo lo que fuera posible*²⁴, en donde la clase obrera, desorganizada por la crisis del sector exportador, donde tenía su fuerza, acabó cediendo ante tal ofensiva.

No más andar un poco el tiempo y el nuevo divorcio entre los grupos medios y la derecha llevó a la constitución y al ascenso del Frente Popular. Como se ha anotado -y vale recuperar precisar un pasado a menudo idealizado acaso por las durezas de la historia inmediata- tal ascenso *debió suavizar en extremo toda sus implicancias izquierdistas, entregando de hecho el control del movimiento a la fracción conservadora y terrateniente del radicalismo*, aún en tiempos en que el Partido Radical llegó a ser *la organización principal de la clase media urbana y burocrática*²⁵. Si bien, como se suele recordar, la gestión del Frente Popular significó la extensión de la ciudadanía a partir de la incorporación política de sectores obreros principalmente, vale la pena completar el recuerdo con el hecho que la política de industrialización impulsada -como se ha dicho²⁶ - no sólo se lleva a cabo sin violentar a los grupos dominantes, sino que se financia con impuestos indirectos y con la utilización del Estado, lo que *implicó el*

²³ *Ibid.*

²⁴ Pinto, Desarrollo económico..., *op. cit.*, p. 80.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Faletto, E, y Ruiz, E, *Conflicto político y estructura social*, en *Chile, hoy*, Ed. Siglo XXI, Sgo, 1970.

*consiguiente aumento de la burocracia fiscal y semifiscal para satisfacción de los sectores medios*²⁷.

Es más -se añade- esta experiencia significa para los grupos dominantes la posibilidad de un *robustecimiento de la burguesía*, y de adaptación de algunos grupos terratenientes al dinamismo industrial; incluso, algunos núcleos de la alta burocracia pública lentamente van integrándose a la burguesía. Esto que cuestiona las idealizaciones mencionadas, acaso no resulte más importante para entender el advenimiento del régimen militar en 1973 y la transformación antipopular siguiente, en tanto remite al hecho que si bien en esta etapa priman dentro de las capas medias los grupos ligados al empleo estatal, su reificación ha restado importancia a la diversificación gradual y luego más acentuada que experimentan estas clases medias, en donde un sector que más adelante cobrará preponderancia en la llamada *crisis de la democracia chilena*, ya se desarrolla fuertemente ligado política, económica, social y culturalmente a los sectores privados.

No sorprende entonces que, con la erosión de la alianza *frentista*, aflore un acercamiento del ala derecha radical con los intereses propietarios dado que el intervencionismo estatal, en lugar de crear conflictos, estableció puentes entre esas fuerzas. En esta etapa gran parte de los grupos medios ligados al sector público y privado, a la vez que elevaron su condición de existencia, ampliaron la brecha que los separaba de la clase obrera.

Por ello se cuestiona el simplismo que veía una *ausencia de políticas definidas*²⁸ en la dirección estatal ejercida por las clases medias, atribuyendo esas incongruencias a una política que busca conciliar intereses contradictorios, donde su inclinación por unas u otras alternativas no sólo la determina la fuerza que alcanzan éstas, sino también por los cambios internos de la propia clase media. Así, los intentos de alianza que impulsan sus diversos grupos internos resultan muy ligados al tipo de estructura en que aparecen insertos, así como al predominio que una de sus fracciones internas logre establecer sobre el resto.

Sopesando esa heterogeneidad de los elementos de las clases medias así como la ausencia de una historia común y continuada, se les atribuye la imposibilidad de la *formación de una auténtica conciencia de clase*, en términos a constituir una *capa social de carácter compacto, un estrato políticamente monolítico*²⁹. De ahí que se les asimile como unas *clases medias sin fisonomía*³⁰, atendiendo a sus limitaciones para asumir efectivamente el liderazgo de la ansiada búsqueda del desarrollo *acelerado* a mediados del siglo pasado.

Claro que en esta etapa ciertos rasgos que las distinguen: se asientan en un espacio urbano, los niveles educacionales son para ellas un factor relevante de *status*,

²⁷ *Op. cit.* p. 245

²⁸ *Ibid.*

²⁹ John J. Johnson, *La Transformación Política de América Latina, Surgimiento de Sectores Medios*, Colección Dimensión Americana, Ed. Hachette, Bs.As. 1961. citada en Cepal *op. cit.*

³⁰ Cepal, *op. cit.*

el intervencionismo del Estado es una constante en su liderazgo político, su ascenso marcha además junto a una expansión del laicismo. Y en la medida en que se alían -sobre todo en un primer momento- con las capas urbanas populares, promueven instituciones sociales que significan un cambio considerable de la estructura social. Claro que esto apenas pasa de los alrededores de los espacios urbanos, sin tocar casi la estructura tradicional del agro; y además deba añadirse que estos rasgos, de estar presentes, lo hacen en forma mucho más tenue en los grupos medios ligados al sector privado ya sea en forma independiente o como asalariados.

Por lo general -como se ha dicho³¹- el comportamiento de los sectores medios tendió a adaptarse en no pocos aspectos a las formas tradicionales y a actuar, más que por las vías de movilidad social, política y económica típicas de los países modernos, por la afirmación de un sistema de *dominación de clientelas* que, por lo demás, no siempre fue adverso al progreso. Para distinguir mejor estos rasgos es que se han diferenciado las actitudes y la acción de estos sectores medios en su *fase del momento ascendente* de aquellas propias del *momento de estabilización*³². En la primera, dichos sectores iniciaron su acceso al poder apoyándose en las masas obreras, creando diversas instituciones destinadas a mejorar el *status* social y económico de empleados y obreros, pero cuyo efecto consistió más bien en la expansión y mejoramiento de las capas medias mismas, etapa en que no deja de darse un uso sistemático de ciertas instituciones tradicionales -pese a que prima el sello modernizador- con el fin de asegurar y mejorar el *status* ya adquirido.

En la *fase de estabilización*, en cambio, se desvanece esa alianza originaria entre sectores medios y obreros, mientras se acentúa la implantación de un *sistema de dominación de clientelas y patronazgo* y una inclinación a la *autopromoción* dentro del sistema vigente. Una demanda de ocupación que excede la capacidad de satisfacerla impide la plena institucionalización de una genuina competencia, lo que acentúa los viejos *juegos de clientelas* como mecanismo de ascenso social. Así los nexos familiares y políticos forman una red, extendida tanto en sectores privados como públicos, bajo la cual se logra en forma fluida la mejora y mantenimiento del *status* de clase media. Por lo tanto, aunque hay una considerable movilidad social, se da en no poca medida por *el aprovechamiento de las ventajas de un sistema de relaciones semicerradas -verdadera distribución prebendaria de oportunidades-* lo que significó desiguales oportunidades no sólo para los distintos grupos y clases sociales en general, sino incluso para los diferentes grupos medios³³.

La propia ampliación de la participación ciudadana se ha interpretado como una estrategia de estos grupos medios en ascenso, para forzar al viejo orden a aceptar

³¹ Ver Cepal, *op. cit.*, capt. IV. También en Medina Echavarría, J, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Ed. Solar/Hachette, Colección Dimensión Americana, Bs. As, 1964.

³² Cepal, *op. cit.*

³³ Cepal, *op. cit.*

³⁴ Cepal, *op. cit.*

la participación de expresiones sus políticas y sociales en el juego del poder³⁴. Lo mismo se indica respecto de su estímulo a la sindicalización de los trabajadores urbanos. Es más, la propia expansión de la educación pública es vista como parte de dicha estrategia de poder, a la que se asocia la aspiración a constituir un verdadero *monopolio estatal* sobre la educación. Otro tanto se concluye respecto de los diversas políticas sociales enfrentadas bajo este sello.

Por la relevancia que cobra para entender no sólo la inclinación de ciertos grupos medios por la opción autoritaria a inicios de los años setenta, sino para comprender el sentido de la transformación socioeconómica reciente y la orientación que con ello asumen hoy las clases medias, ha de considerarse el curso de ascenso y descenso que siguen sus diferentes grupos integrantes, lo que remite a la evolución de su diversificación y heterogeneidad interna.

Con la industrialización se producen cambios sociales. En términos del interés que nos ocupa, se registra la irrupción creciente de una *casta ejecutiva*, la tecnocracia pública y privada. Además, el típico *pequeño burgués* de los *negocios enanos* de la economía primario-exportadora cede lugar al empleado *moderno*, más calificado e integrado a negocios privados o públicos de mayor dimensión, el que ya en los años cincuenta y sesenta amplía progresivamente el consumo de bienes durables y los barrios más acogedores de las principales ciudades. Si mayoritariamente los sectores medios *derivaban de su fuerza de trabajo una altísima proporción de su renta y no del dominio sobre medios de producción*, tal característica *pierde significado social (y político)* ante los contrastes manifiestos en los niveles de ingresos, en la *colocación social*, en su mayor acceso al sistema de privilegios, en su psicología, actitudes y valores, con respecto a la *base popular*³⁵. Particularmente destaca -se indica- un grupo referido simplemente como *adherencia de la plutocracia* que, por su modo de vida, prácticamente forma parte de esta última. La llamada *media clase media* en cambio, se integra principalmente de medianos y pequeños empresarios, en su mayoría urbanos, y profesionales y empleados ajenos a las funciones mejor retribuidas. A los empleados de baja categoría, pequeños propietarios y empresarios (principalmente rurales) que componen la *baja clase media* los diferencia del grupo anterior no sólo el ingreso, sino fundamentalmente sus distintas *oportunidades de ascenso*. De modo que, si la *media clase media* se caracteriza por sentirse *en tránsito* hacia posiciones más favorables y emparentadas con los núcleos más privilegiados, la *baja clase media* en cambio se siente amenazada por una eventual pérdida de su *status*.

Son cambios que ya se expresan en el gobierno de Alessandri o *de los gerentes*, en donde prima la *tecnocracia empresarial*. No obstante, la pujanza de los sectores afincados en la zona intermedia de la estructura social se manifiesta con el ascenso de la Democracia Cristiana al poder, descrita³⁶ como poseedora de una dirigencia que oscila entre la media y la alta clase media, representativa de la clase media alta de

³⁵ Pinto, Estructura social..., *op. cit.*, pp.137-139.

³⁶ *Ibid.*

formación más reciente y que, en lo principal, germinó -a diferencia del radicalismo- fuera del paraguas del Estado, y con una relación menos orgánica con el *propietariado* que el ala conservadora del radicalismo.

Y será precisamente la *erosión democrátacristiana* la que va a impulsar -sin regreso- la conservadurización de importantes sectores de las capas medias, en un curso no exento de polarización interna, como muestra la etapa de la Unidad Popular, donde se asumen como cada vez más incompatibles las demandas de las clases media y alta y por otro lado de unos sectores populares que masifican crecientemente las disputas políticas. Será ese el fenómeno que lleva a la abundante cosecha de *una derecha abierta a las capas que acceden a los nuevos consumos*³⁷.

De lo anterior se desprende que, si bien como se ha considerado a menudo una de las claves para la comprensión de las clases medias chilenas y su peso en la historia nacional es, sin duda, el estudio del crecimiento y las variaciones que sufre el aparato de Estado, así como de los sectores que se han cobijado y favorecido por su desarrollo en cierto período, hacia los finales de ese lapso ya se manifiestan con fuerza otros grupos de esas clases medias, especialmente ligados al sector privado, que han venido cimentándose conforme avanza el proceso de diferenciación social para alcanzar, producto de una aguda fisura política en el seno de dichas clases medias, una decisiva gravitación tanto en la opción autoritaria que lleva al quiebre del viejo régimen democrático como en la transformación socioeconómica posterior, donde junto al empresariado y las fuerzas armadas, siguen un derrotero -si bien no exento de crisis- de fortalecimiento económico y afianzamiento de un sitio dominante en el seno de unas modificadas clases medias, paralelo al desplome de las antiguas posiciones que detentara la burocracia estatal.

Con ello se cierra un ciclo histórico en donde la expansión del empleo administrativo estatal derivaba de la creciente importancia del sector público en la promoción del desarrollo, y donde por ello el proceso de burocratización devenía en índice de una modernización que, bajo distintas formas, afectaba también a la empresa privada. Era, entonces, el empleo administrativo urbano en uno de los más importantes canales de movilidad social, junto al que se expandió la principal vía de acceso y promoción en dicha organización burocrática: la educación formal. Si la principal fracción de la clase media en aquél período vinculó su desarrollo a la expansión de la función pública, la clase media independiente, a diferencia de la vinculada al Estado, no alcanzó gran difusión. Para las clases medias chilenas por ello, la reorganización del Estado tradicional significó, significó la pérdida de una importante fuente de empleo y de un recurrido mecanismo de movilidad social. Después, como el Estado transfiere al sector privado importantes funciones en la conducción de la economía (especialmente a su núcleo financiero), aquellas fracciones de clases medias pierden también en este proceso buena parte de su tradicional injerencia a manos de nuevas fracciones sociales ascendentes.

³⁷ *Ibid.*

Si el crecimiento de la burocracia estatal hasta 1973 asumió una dirección asociada a la expansión agregativa que experimenta el Estado, resultado de nuevas funciones que iba asumiendo, ello se revierte radicalmente después de esa fecha con una abrupta contracción del empleo público. Como se ha señalado³⁸, si la mayor parte de la expansión del empleo público entre 1940-1970 corrió a manos de las entidades de fomento y ejecución directa de actividades productivas y las prestatarias de servicios sociales, sobre todo educación y salud (lo que contraviene la difundida idea de que la expansión del empleo público en esta etapa corresponde a la profusión de la burocracia de la administración general), son precisamente las funciones de fomento, seguidas por las empresas públicas, las áreas de la antigua burocracia estatal que sufren la mayor caída del empleo, mientras que las funciones administrativas sólo se afectan levemente (curso contrario a las *modernas* consideraciones sobre la *racionalización del empleo*). Así, en términos de la desarticulación de la vieja burocracia estatal y de su nuevo perfil, se tiene que la reducción del empleo público afectó básicamente al personal vinculado a la función productiva, lo que elevó el peso del personal abocado a las funciones típicamente burocráticas de administración. El nuevo perfil del empleo público se caracteriza por un expandido contingente orientado a las fuerzas armadas y la policía, así como por una burocracia abocada a la administración pública y el personal a cargo de las prestaciones sociales entregadas por el Estado.

Contrario a lo que en ese momento se pensó³⁹, se ha concluido luego que la supuesta expansión sustantiva de las clases medias independientes, vista entonces como uno de los rasgos más importantes de la modificación de estos sectores, se revierte en gran medida con los siguientes cursos de reasalarización y expansión sostenida de la burocracia privada⁴⁰, revelando que lo anterior consistió principalmente en precarias ocupaciones de sobrevivencia propias de difíciles tiempos de mudanza.

Como quiera que sea, son las clases medias las que registran el mayor grado de movilidad en los inicios de la transformación, cobijando a los grupos de mayor movilidad social tanto ascendente como descendente de toda la estructura social⁴¹, producto de la reorganización del Estado y del surgimiento de nuevos referentes privados. Aunque a largo plazo queda clara la gran ductibilidad de las clases medias chilenas para adaptarse a la nueva situación y mantener su pujanza habiendo perdido su tradicional soporte estatal.

El Estado deja su condición de proveedor central de empleo para los grupos medios y la transfiere al sector privado, lo que transcurre -a excepción de los inicios

³⁸ Martínez, J. y Tironi, E., *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*, Ed. Sur, Stgo, 1985, pp. 89-98.

³⁹ Incluso se extraen conclusiones teóricas y políticas en esa ocasión. Ver Martínez y Tironi, *op. cit.*

⁴⁰ León, A. y Martínez, J., *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*, en *Chile en los noventa*, *op. cit.*

⁴¹ Martínez y Tironi, *op. cit.* pp. 111-117.

del proceso- más bajo formas asalariadas que independientes. Será el sector financiero, área de la economía traspasada en gran medida bajo el régimen militar a manos privadas y que registra hasta 1981 un crecimiento extraordinario, la nueva ubicación donde más se expande la clase media asalariada, la que en el nuevo contexto simboliza la *modernización en la gestión* otorgando a los ocupados en dicho sector un *status* superior dentro de los grupos medios. Ningún otro sector de la economía experimenta una expansión semejante de la ocupación y sus remuneraciones superan con largueza a las demás, aunque estas resultan notoriamente segmentadas según las dimensiones de las empresas⁴². Así, el sistema financiero privado se convierte en un importante soporte de las clases medias asalariadas, y es el sector que asume la imagen de *motor de la modernización del país* que antes detentaba el Estado.

Aparejado a ello irrumpe una nueva tecnocracia empresarial ligada a la nueva centralidad del sector privado y a las dimensiones alcanzadas por los grupos económicos, lo que da lugar a una capa de gerentes y analistas ubicados en las altas esferas del sector privado. Esta elite tecnocrática, de alta calificación y fuertemente ideologizada, intenta imponer no ya desde el Estado, sino del área privada, un modelo de reorganización de la sociedad chilena. Con una alta movilidad entre el sector privado y el estatal, bajo el régimen militar este grupo viene a reemplazar a la antigua alta tecnocracia pública, ligada estrechamente al desarrollo de grandes empresas estatales. Precisamente la privatización de muchas de ellas es concebida y ejecutada por estos grupos, muchos de los cuales se ubican luego al frente del nuevo desempeño privado de las mismas.

Como parte de esta transformación se modifican las pautas de prestigio social, alcanzando el consumo de bienes durables modernos una preeminencia mucho mayor que en el pasado en la conformación del *status*. El crédito al consumo tiende a reemplazar al empleo y gasto fiscales como vehículo de movilidad social, al menos en su forma simbólica más visible: el consumo moderno. La temprana implementación en Chile de una estrategia económica aperturista significó la abrupta expansión de la importación de bienes de consumo hasta entonces inaccesibles debido a los altos aranceles que los gravaban, los que aparecen ligados a lo moderno y a las sociedades que gozan de mayor prestigio. Se unen aquí varios factores que influyen en tal diversificación y expansión del consumo: la alteración de los precios relativos, la extraordinaria crecida de los créditos de consumo (su uso se eleva muy por encima de la evolución de los ingresos, tornando habituales los problemas de endeudamiento) y la intensificación de la propaganda, cuya inversión crece enormemente. Si bien dicha expansión se congela con la crisis de 1982-1983, renace gradualmente en los años siguientes hasta volver a primar desembozadamente en los años noventa.

Respecto de la estructura social actual se ha señalado la recuperación de los índices de asalarización en la estructura del empleo, lo que arroja un aumento conti-

⁴² *Ibid*, pp. 99-106.

⁴³ León y Martínez, *op. cit.*

nuado de los grupos medios asalariados que va paralelo a la expansión de la burocratización⁴³. Aunque en la actualidad este proceso guarda una diferencia fundamental con la evolución de la estructura social, y en particular de las clases medias, a lo largo de la mayor parte del siglo XX, a saber: hoy esta tendencia a la burocratización deja de responder a la expansión del empleo público, y se trasladó *aún con mayor dinamismo* al sector privado⁴⁴. El crecimiento de éste último, mayor inclusive que el de los grupos medios independientes, es lo que pasa a explicar el crecimiento de los sectores medios urbanos en la estructura ocupacional.

Tal reubicación en el sector privado de los grupos medios asalariados constituye un cambio de importantes efectos culturales no sólo dentro de las clases medias sino en la sociedad en general. Si se deja esto último para más adelante, se puede anotar que dentro de dichos sectores esta transformación conlleva a cambios en las condiciones de movilidad social. En términos de la estabilidad de los empleos, significa el paso de la vieja estabilidad propia del sector público a la *flexibilidad* distintiva del sector privado. La estructura de remuneraciones pasa de las clásicas *escalas continuas* de la administración pública a las segmentadas escalas que priman en la burocracia privada. Los fundamentos más usuales en la determinación de los ascensos e incentivos registran la pérdida de importancia en el sector privado de factores como la antigüedad o la educación formal, para centrarse en definiciones de *logro* basadas casi exclusivamente en la productividad de corto plazo.

Son todos estos, en definitiva, factores que restringen en estos grupos las posibilidades de la acción colectiva, representando más bien un fuerte incentivo a la individualización en un sector ascendente y referencial en la sociedad chilena actual. De tal modo, estos rasgos del empleo de los sectores medios en el sector privado pasan a ser considerados como signo de *modernidad*, deviniendo en un modelo de alto impacto en el resto de la sociedad.

Otro cambio en la estructura social que incide en la transformación cultural de la sociedad chilena es la pérdida de gravitación de la clase obrera en la estructura del empleo, sobre todo la clase obrera industrial. Ello, que puede parecer muy colateral a nuestra discusión, cobra importancia si consideramos que el ascenso al poder de aquellas fracciones de las clases medias que ligan su suerte a la expansión de la acción estatal, ocurre en buena medida como parte de una alianza con importantes sectores de esa clase obrera, precisamente aquellos que pierden gran parte de su peso histórico, tanto económico y político, como social y cultural con los cambios recientes. Luego, si aquella clase obrera actuaba, en dicha alianza, como un elemento legitimador del sistema social y cultural vigente, la pérdida de su peso histórico en la estructura social, así como el distanciamiento que se instala entre ésta y los grupos que hoy priman en el seno de las clases medias, constituye una de las claves en la ruptura con el viejo modelo cultural y su disolución.

⁴⁴ *Ibid.*

Pero si aquél cambio grafica la pérdida de peso en la sociedad de ciertos modelos culturales, otro cambio que adquiere importancia en este sentido va a ser la diferenciación creciente dentro de las clases medias entre la burocracia estatal y la burocracia privada, marcando la inversión de la antigua centralidad en su interior de modo que hoy favorece a ésta última, condición que la ubica como una de los grupos sociales de mayor referencialidad en la sociedad. De tal suerte, la imagen de las clases medias que tiene el resto de la sociedad pasa, con la transformación socioeconómica de las últimas décadas, de la burocracia estatal a manos de la burocracia privada.

Con la caída de las remuneraciones del sector público la burocracia estatal empeora su posición en la escala de ingresos, a lo que suma una fuerte reducción de su participación en el empleo total. Ello transcurre -como se anotó- junto a un proceso de terciarización y de burocratización del trabajo asalariado ubicado bajo el alero de la empresa privada. Esto último, unido a la pérdida del viejo peso de la clase obrera productiva, constituyen las diferencias más importantes de la estructura de clases surgida de los recientes cambios socioeconómicos respecto de la estructura preexistente⁴⁵. Ambas suman en un mismo sentido: el debilitamiento de dos grupos sociales antaño muy relevantes, y con ello de su capacidad de influir en la dirección cultural de la sociedad. Ello comporta fuertes cambios en términos de las orientaciones valóricas, las aspiraciones y expectativas que pasan a primar en la sociedad, lo que implica entre otras cosas la sustitución de la antigua lógica reivindicativa de movilización de los actores sociales, por un estilo mesocrático de vida orientado por pautas de mercado.

La expansión instituciones y empresas privadas que marcha con el crecimiento económico cobija una complejización de las tareas de administración, sobre todo en el área de los servicios, que da origen a lo que se suele considerar como una *burocratización moderna de servicios privados*, que deviene en un modelo de alto impacto y prestigio en la sociedad.

LA DIFUSIÓN DE NUEVOS PATRONES CULTURALES

El ascenso de grupos más conservadores dentro de las clases medias chilenas, como la burocracia privada y sectores medios independientes exitosos económicamente, transcurre en medio de una aureola de exitismo que resulta apabullante para aquellas fracciones de esas clases medias cuya evolución, en las últimas décadas, refleja su

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Se ha reiterado que *el período iniciado en 1990 corresponde al de mayor crecimiento que ha conocido Chile en su historia*. O más desembozadamente, que *a estas alturas existen indicios suficientes para pensar que después de décadas de búsqueda infructuosa de un camino que lleve al país hacia una senda de progreso acelerado y sostenido en el tiempo, finalmente éste ha sido encontrado, dejando atrás la "inferioridad económica" a la que aludía Encina ya en 1911 y que llevó a Pinto a hablar de Chile como un caso de "desarrollo frustrado" en los sesenta*. Ver, respectivamente,

descenso en la jerarquía social, como es el caso de amplias franjas de la burocracia estatal y otras correspondientes a sectores medios independientes carentes de éxito económico. Ese exitismo ha buscado otorgarle a este tiempo una dimensión trascendental⁴⁶.

De gran crecimiento económico para estas fracciones de las clases medias, los años noventa aparecen llenos de imágenes de exclusivos clubes y restaurantes, barrios residenciales y balnearios o de un explosivo auge del turismo chileno por el exterior. Celebrado como sinónimo de *modernización*, el consumo se torna central dentro del llamado *espíritu de los noventa*, permitiendo el acceso a estos grupos sociales a bienes y servicios que hasta hace poco habían estado vedados por la restricción económica que imponían las anteriores coyunturas o bien porque estaban reservados para las más altas elites criollas. Como ocurre en muchas sociedades actuales, en este lapso en Chile el consumo impacta más allá de su aspecto material para adquirir una dimensión cultural capaz de granjearle a estos grupos un importante prestigio dentro de la sociedad. Crece así una desvergonzada identificación con el triunfo y, con ello, la condena al fracaso.

Chile se convierte -como se ha confesado⁴⁷- en un verdadero paraíso para su elite, en razón de que *no hay país del mundo donde se pueda gozar, al mismo tiempo y con tan pocos peligros, de las comodidades del desarrollo y de los privilegios del subdesarrollo*. Porque esa es precisamente la idea del paraíso: tener todas las comodidades materialmente imaginables y un servicio doméstico barato, hermosos parajes para gozar en exclusividad a sabiendas de que hay invisibles pero efectivos muros que los hacen inaccesibles para la gente común; vivir comunicados con el mundo, con viajes periódicos a Estados Unidos o Europa; en fin, ser al mismo tiempo ciudadanos de la *modernidad* y pequeños aristócratas que disponen de los privilegios que ofrece una sociedad de marcada desigualdad en la distribución de los accesos y las oportunidades. Como se sabe, la conservación de privilegios aristocráticos y el desarrollo de la *modernización* resultan antitéticos en la experiencia originaria. En Chile, en cambio, para solazamiento de las elites, parece haberse hallado la combinación perfecta: una *modernización* que mantiene los privilegios.

A este ideal de mundo, correspondientemente diferenciado el resto de los grupos sociales, incluidos aquellos grupos medios considerados *perdedores* en la transformación reciente, es que buscan incorporarse frenéticamente las fracciones ascendentes de las clases medias. La saturación de los estacionamientos de los centros de esquí, la irrupción de edificios en balnearios como Zapallar o Algarrobo o la congestión del aeropuerto de Santiago hablan del acceso de esos sectores a tales niveles de vida en los últimos años. En su ascenso reciente, estos grupos alcanzan a tocar -más parcial o más plenamente- algunos privilegios que antes resultaban impensables para

Tironi, E, *La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo*, Ed. Grijalbo, Stgo, 1999, p.15, y Vial, J, *La estrategia de desarrollo: crecimiento con equidad*, en *Chile en los noventa...*, op. cit, p.186.

⁴⁷ Tironi, op. cit, p. 45.

los sectores medios.

En estos años se afianza un patrón de conducta acentuadamente individualista. Reducida la confianza al esfuerzo propio como palanca de progreso, se busca sin complejos la diferenciación en los estilos de vida, y esto ocurre en gran parte de la sociedad a partir de la referencialidad que alcanzan los patrones culturales de las fracciones ascendentes de las clases medias, a menudo mucho más visibles que los sectores altos propiamente tales para el resto de la sociedad. El consumo deviene en la forma para expresar ese estilo individual.

Ello redundando en estos sectores -no así en el gran empresariado- en un desinterés creciente en casi todo tipo de causas colectivas. Ya no es usual pertenecer a un partido político, a un movimiento social o cultural. Sus miembros quedan así apenas ligados por los medios de comunicación y episódicas causas colectivas emanadas del deporte o el espectáculo. Las energías que antes se ocupaban en actividades propias del espacio público, se orientan ahora casi exclusivamente al espacio privado. Subyace a esta conducta una indisposición a sacrificar el bienestar personal inmediato y concreto -única razón legítima de sacrificio y esfuerzo- por un interés general visto como alejado y abstracto. Por cierto, es a estos rasgos que apela la llamada *política cosista* en la que funda su plataforma el ascenso electoral de Lavín, la cual se reduce a la realización de obras que tienen un sentido concreto y tangible para las personas en un horizonte muy acotado de tiempo, en oposición -manifiesta- a la noción tradicional de la política, que la concibe como una actividad deliberativa orientada a inspirar a la sociedad con valores y proyectos en una perspectiva de largo plazo.

Aunque, por cierto, bueno es anotar que en caso de problemas que afectan más allá de la individualidad o la vida privada, y alcanzan otras connotaciones, estos sectores no dudan en articularse para defender lo que consideran suyo, yendo para ello, si es preciso, más allá de cualquier consideración ideológica que se les pueda atribuir, mostrando en definitiva que, por toda adscripción de ese tipo, el pragmatismo prima en forma incontrarrestable. Así, estos grupos que son considerados -no en vano, por cierto- los más proclives a las soluciones privadas, vuelven en muchos de estos casos presurosamente sus ojos al Estado.

Además de estos rasgos, la nueva cultura se caracteriza por apuntar hacia la competitividad (lo que no debe confundirse con el carácter rentista que se le atribuye al empresariado). Y con ello llega una especie de ética de mercado, en donde la moral no apela a una noción íntima de lo que es correcto o incorrecto ni a una imagen del bien común, y niega todo cuestionamiento ético posible a cualquier transacción siempre que el comprador acepte el precio y las condiciones fijadas por el vendedor. Es la combinación del espíritu de competencia con la doctrina utilitarista, según la cual todo tiene un valor económico y el óptimo social es que cada individuo luche por maximizarlo en toda oportunidad que tenga.

Empero dentro del patrón cultural de estos grupos medios ascendentes, y de

⁴⁸ Parker, C, *Religión y cultura*, en *Chile en los noventa...*, op. cit.

los sectores altos como tales, tal ética de mercado choca con el fuerte conservadurismo, duramente religioso, que prima en dichos grupos sociales, dado el relativismo moral al que conduce la extrapolación de la lógica competitiva, la consideración desmedida del afán de lucro como *motor moral de la humanidad*. Pues, como es sabido⁴⁸, especialmente entre los estratos alto y medio-alto, donde siempre se primó un *catolicismo conservador*, éste se refuerza en el último tiempo por corrientes culturales *espiritualizantes* a partir de una iglesia centrada en temáticas más sociofamiliares y alejada de temas políticos, por movimientos apostólicos como el Opus Dei, así como por *la reconstitución -bajo los años autoritarios- de una cultura de clase que algo tiene de la vieja cultura oligárquica tradicionalmente católica*⁴⁹. Es la que surge ahora, bajo el éxito económico y la primacía del consumo, una nueva cultura en donde ser empresario y elite exclusiva va de la mano con la pública confesión de catolicidad; y donde los colegios católicos vuelven a legitimarse y se multiplican.

Hoy la empresa privada que goza del mayor prestigio de su historia. Incluso, debido al impacto cultural que alcanza la economía de mercado, el lenguaje económico se internaliza en vastos sectores sociales, siendo el grado de información y de sensibilidad del común de la población sobre materias económicas extraordinariamente alto.

Los estudios sobre la opinión pública en estos años coinciden en señalar que sobre el modelo económico existe una opinión positiva en los estratos altos y en ciertos grupos medios, sobre todo entre profesionales liberales o personas dedicadas a negocios independientes⁵⁰, lo que se ajusta a la distinción venimos siguiendo dentro de las clases medias. Tal *visión positiva* descansa en una percepción de un notable crecimiento y progreso económico en el país. Y si bien reconoce la persistencia de situaciones de pobreza y de desigualdad, las matiza con una serie de atenuantes, como la percepción de un proceso de erradicación de la pobreza en marcha, su inevitable gradualidad, el papel esencial del crecimiento para lograr tal objetivo y el énfasis otorgado al esfuerzo personal para salir de la pobreza. Asimismo, connotando elementos ideológicos, esta opinión identifica a la economía de mercado y a la empresa privada como los factores que han posibilitado tal progreso y crecimiento. Mientras que la opinión negativa al respecto prevalece en los sectores bajos y en parte importante de los sectores medios, especialmente aquellos menos beneficiados o abiertamente perjudicados por la transformación socioeconómica reciente.

Si anteriormente dentro de las clases medias -y para vastos sectores de la sociedad- eran los profesionales liberales, los altos funcionarios del Estado, los políticos, los académicos e intelectuales, los modelos a seguir, eso ha cambiado: luego de los cambios aludidos se impone en dicho sitio la figura del empresario. Este aparece como el protagonista central del proceso que concita mayor atención en la sociedad:

⁴⁹ *Ibid*, p. 667.

⁵⁰ Manzi, J. y Catalán, C., *Los cambios en la opinión pública*, en *Chile en los noventa...*, *op. cit.*, pp. 531-532.

el crecimiento económico. Sobre esta base el empresariado ha construido una autoridad que irradia hacia todas las esferas de la vida pública, entre las que no escapa, como se vio, la educación general y superior.

En todas las esferas está presente, y en forma creciente, el sector privado, a cuya cabeza están los empresarios. Un empresariado que en los años noventa presenta, más allá de las aparentes continuidades, algunos rasgos muy diferentes de sus antecesores de tres o más décadas atrás. Ampliado en los años ochenta con las privatizaciones, a la cabeza de este empresariado hay ejecutivos y tecnócratas con altos niveles de formación profesional y, muchos de ellos, con experiencia en asuntos de gobierno bajo el régimen militar. Aunque desplazaron a la vieja aristocracia empresarial agrícola, se mantienen fieles a muchos de los ritos de aquella y buscan, aunque sea simbólico, un nexo con esa tradición; la difundida aspiración a adquirir *un campo* para acercarse a la antigua vida del fundo es prueba de ello.

Este empresariado chileno, modelo de inspiración para las fracciones ascendentes de las clases medias en la transformación reciente, posee vastas redes hacia el mundo político y demás esferas de poder, como la militar, judicial o religiosa (con la iglesia católica, y en especial con grupos como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo). Y debido al desarrollo alcanzado por las universidades privadas (algunas de las cuales son propietarias) e incluso, por la antes anotada política de autofinanciamiento en las universidades *tradicionales*, este empresariado goza también de influencia sobre el mundo universitario. Contraviniendo estereotipos de la ideología de la libre empresa, empero, ello corresponde a un mundo de negocios cerrado a un núcleo que comparte trayectorias personales, credos religiosos, ideas políticas y estilos de vida. En fin, el poder del nuevo empresariado va mucho más allá del mundo meramente económico, para desplegarse en la cima de esa especie de *fronda* moderna en que se dirimen hoy los grandes asuntos del país.

En base a esto se ha afirmado la existencia de una *revolución cultural empresarial*⁵¹. Y bajo ella se cobijan los grupos de las clases medias más beneficiados con la transformación socioeconómica de las últimas décadas. Pero buena parte de la seguridad mostrada por estos sectores se debilita en el último tiempo con las dificultades económicas que nublan el horizonte cercano. Más allá de las disquisiciones sobre el origen interno o externo de tales dificultades, la interrupción del ritmo de crecimiento se vuelve una inquietante realidad para estos grupos. Tras década y media de ininterrumpido crecimiento, eso de pronto terminó. Bajo la urgencia de retomar aquél crecimiento, recriminando a menudo a partir de ideologismos a todo aquello que no parezca *pro-crecimiento*, aparece ahora la impresentable cuestión de quiénes pagan los costos en esta situación.

Ello marcha de la mano de otra cuestión que preocupa a estas elites, a saber, las formas de incorporación a la *globalización* y el impacto que significa la *modernidad* que a él se considera intrínsecamente asociada. En esta imagen, socialmente muy

⁵¹ Tironi, *op. cit.*

difundida, se aprecia que la situación mundial ha cambiado, y con ella el contexto local. Que prima ahora un proceso de *globalización* cuya expresión más clara es la internacionalización de la economía y que además tiene correlatos políticos y culturales, implicando entre otras cosas que desaparece la importancia política que antaño tuvieron los países alguna vez llamados *dependientes*. Ligado a eso se sumaría la marcha de una *revolución científico-técnica* que, presentada muchas veces como inédita y determinante, sepultaría definitivamente los criterios en que se basaron las viejas opciones de desarrollo económico y social. La idea de una *nueva modernización* que avanza redibujando la situación mundial a través de la *globalización*, lleva a pensar que la cuestión nacional carece ya de toda importancia y ha sido superada por la *nueva realidad*, y con ello la pertinencia de plantearse la construcción de un modelo nacional de desarrollo, en términos de considerar a toda la sociedad.

El imperativo ahora es *la urgente integración a la nueva modernidad*, dejándose de lado así la perspectiva nacional al concebirse como inevitable la integración de sólo una parte de la sociedad a dicha *globalización*, dados los términos en que está planteada. Así, por ejemplo, y para no ir más lejos, en la discusión acerca del problema universitario prima una orientación destinada a discernir las formas más eficaces de incorporación de las universidades chilenas a este curso mundial, sobre una dimensión nacional que comprenda su rol respecto al conjunto de la sociedad⁵² (sin obviar la expansiva internacionalización sino asumiéndola como sociedad en su conjunto). A guisa de los vientos globalizantes, se considera -sin declararlo- que una parte de la sociedad sobra y no tiene sentido tomarla en cuenta en la reflexión bajo la cual se aborda estos temas. De ahí que la discusión sobre muchas de las temáticas involucradas asuma la realidad como una diversidad imposible de aprehender bajo una intención explicativa con afán integrador. El bullado *fin de los meta relatos* y la resignación a lo descriptivo, el florecimiento de *teorías parciales* y el encierro en los *micro procesos*, se cruza con el mismísimo *entierro de las ciencias sociales* y de toda pretensión de reflexión integradora⁵³, por lo que no es de extrañar que el enfoque que abunda sobre el problema universitario -como tantos otros- se desligue de la transformación social que ha vivido el país en las últimas décadas.

¿BAJO UNA INEVITABLE CULTURA EMPRESARIAL?

Coherentes con la transformación general de la sociedad chilena, y más específicamente

⁵² Ver de J. J. Brunner, una de las máximas autoridades sobre el tema, *Educación superior en una sociedad global de la información*, conferencia dictada en la Universidad Piloto-ASCUN, Bogotá, en octubre de 1999; o bien, *Educación superior y desarrollo en el nuevo contexto latinoamericano*, en www.educarchile.cl

⁵³ Del mismo J. J. Brunner puede verse *Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narraciones*, Revista de Crítica Cultural, No. 15, noviembre. Santiago de Chile, 1997.

de sus sectores medios, los debates más recientes en torno a las universidades chilenas y sus decepcionantes desenlaces, son ilustrativos del afianzamiento cultural que experimentan aquellas fracciones de las clases medias más beneficiadas por dicha transformación reciente. Lo que hoy se manifiesta es una voluntad de constituir en profundidad una hegemonía cultural sobre toda la sociedad. Y las instituciones universitarias, ligadas en forma privilegiada a la producción y distribución del conocimiento, son por esta misma razón centrales en dicho proceso. La consolidación de universidades privadas ligadas a grupos religiosos y conservadores, y su creciente peso en la educación superior, especialmente en cuanto a la formación de las elites, avanza en desmedro del viejo laicismo prevaleciente en la educación universitaria.

Ello provoca gran preocupación en muchos sectores. Sin embargo, muchas de las aspiraciones de quienes anhelan una universidad a la altura de los desafíos nacionales, chocan con una totalidad social y cultural en la que priman sordamente orientaciones adversas a ello. Por eso, más allá de sus loables intenciones, el destino de la mayoría de estos esfuerzos se remite involuntariamente al ámbito de lo testimonial.

Aparentemente ello no deja otra alternativa que la resignación. Sin embargo, mirando más detenidamente las cosas, sólo remite a asumir el dilema en toda su hondura, y a replantear toda expectativa y voluntad en tal sentido. Así, cabe inquirirse: ¿puede la universidad devenir en un centro de resistencia cultural ante la avasallante orientación emanada de las transformaciones socioeconómicas y culturales recientes, cuyos efectos resultan empobrecedores en ambos sentidos para extensas capas de la sociedad? Si se anhela una universidad enfocada hacia los problemas de la sociedad, y éstos no encuentran espacio entre las preocupaciones de las elites dirigentes, entonces, ¿puede la universidad, desde su propio esfuerzo de transformación interna, devenir en una fuerza que aporte decisivamente a la reinstalación de tales cuestiones?

En torno al problema universitario se expresa un malestar que se intenta desconocer o encasillar en disquisiciones técnicas, pero que forma parte de un malestar más general. Acaso, aún en forma difusa, se trata de un *malestar con la cultura*. Banalizada en extremo, la cultura que se ofrece como artículo de consumo o como entretención insustancial, sujeta crecientemente a todas las formas posibles de mercantilización. Uno de los problemas que gravita en este sentido es el divorcio que se ha producido entre cultura y educación, en donde ésta última se reduce cada vez más a una dimensión instrumental, entendida como *formación de recursos humanos*, cuyo gran objetivo pasa a ser la obtención de destrezas y habilidades profesionales, despojando a la educación de su ideal formativo integral, de la construcción de una capacidad de cuestionamiento capaz de guiar el uso de esas destrezas y habilidades profesionales adquiridas, preparando con ello al individuo reflexivo para un desempeño libre, capaz de evitar el uso de esas capacidades tras la consecución mecánica e involuntaria de fines previa y externamente definidos.

En esta dimensión se dirimen aspectos de gran relevancia para el ordenamiento social, como bien lo han indicado los grupos más conservadores con la preocupación que al respecto han mostrado este año que termina.

En el ámbito de la cultura es bastante común destacar el papel significativo que juegan las elites en la promoción de transformaciones profundas. Pero ello no puede obviar el hecho que, el papel que esas elites llevan a cabo no es posible en un vacío cultural. Tan importante como el proceso que ellas protagonizan -a menudo reificado- es el contexto social, más o menos receptivo según sus condiciones, en que actúan.

El curso de desalarización y de proliferación de precarios *trabajadores independientes* posterior a 1973 no se revierte completamente con los procesos de reasalarización que siguen a la recuperación de la crisis de 1982-1983, lo que significa el aumento de una base social de precarias condiciones de vida que, no obstante a ello, encuentra en los grupos medios independientes, en la burocracia privada y en el empresariado propiamente tal, el modelo cultural más relevante, manifestando una fuerte indisposición a las formas tradicionales de acción colectiva. Estos sectores, muchas veces conceptualizados como *aspiracionales* o *emprendedores* -popularizados hábilmente en la imagen de *Faúndez*, el gasfiter *moderno* que, por celular, anunciaba *instalaciones varias*- han engrosado parte importante de la masa popular que se identifica con la candidatura de Lavín.

La existencia de elites desarraigadas en Chile no es una experiencia nueva. Para estas, en términos de control social, el problema se manifiesta en que una desigualdad social y cultural muy profunda hace difícil la difusión de nuevos valores que logren constituir comportamientos sociales deseados. Ello plantea, en definitiva, dificultades para el disciplinamiento social y la construcción de una situación de hegemonía. Entretanto, la elitización de las decisiones políticas, expresadas en la despolitización inducida en amplias capas de la sociedad, dificulta la capacidad de procesamiento de disconformidades, y si bien en el corto plazo produce réditos en términos de la llamada *governabilidad*, lo cierto es que más allá de los períodos de bonanza conocidos, no se ha probado en tiempos más crudos, como los que asoman en áreas vecinas y a los cuales -como muestran dichas experiencias- las clases medias son extremadamente sensibles.